

# LA LUCHA

Semanario Católico Independiente.

DEFENSOR DE LOS INTERESES DE ALMAZÁN Y SU REGIÓN

Año II.—Núm. 19. Almazán 20 de Abril de 1916.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Almazán, año. . . . .	3'25 pesetas
» semestre. . . . .	2'00 »
Fuera, año. . . . .	3'50 »
» semestre. . . . .	2'25 »
Extranjero, año. . . . .	7'00 »

No se devuelven los originales. La correspondencia al Director.

Nicolás González Villarroya.

## SEMANA SANTA DE 1916.

### Nuestro papel en el Drama de la Pasión

Cada vez que mentalmente presenciemos el sangriento drama de la Pasión sentimos brotar de nuestro pecho un generoso arranque parecido al de Clodoveo cuando, interrumpiendo el relato de aquellas dolorosas escenas, exclamaba: «¡No haber estado yo allí con mis francos!»

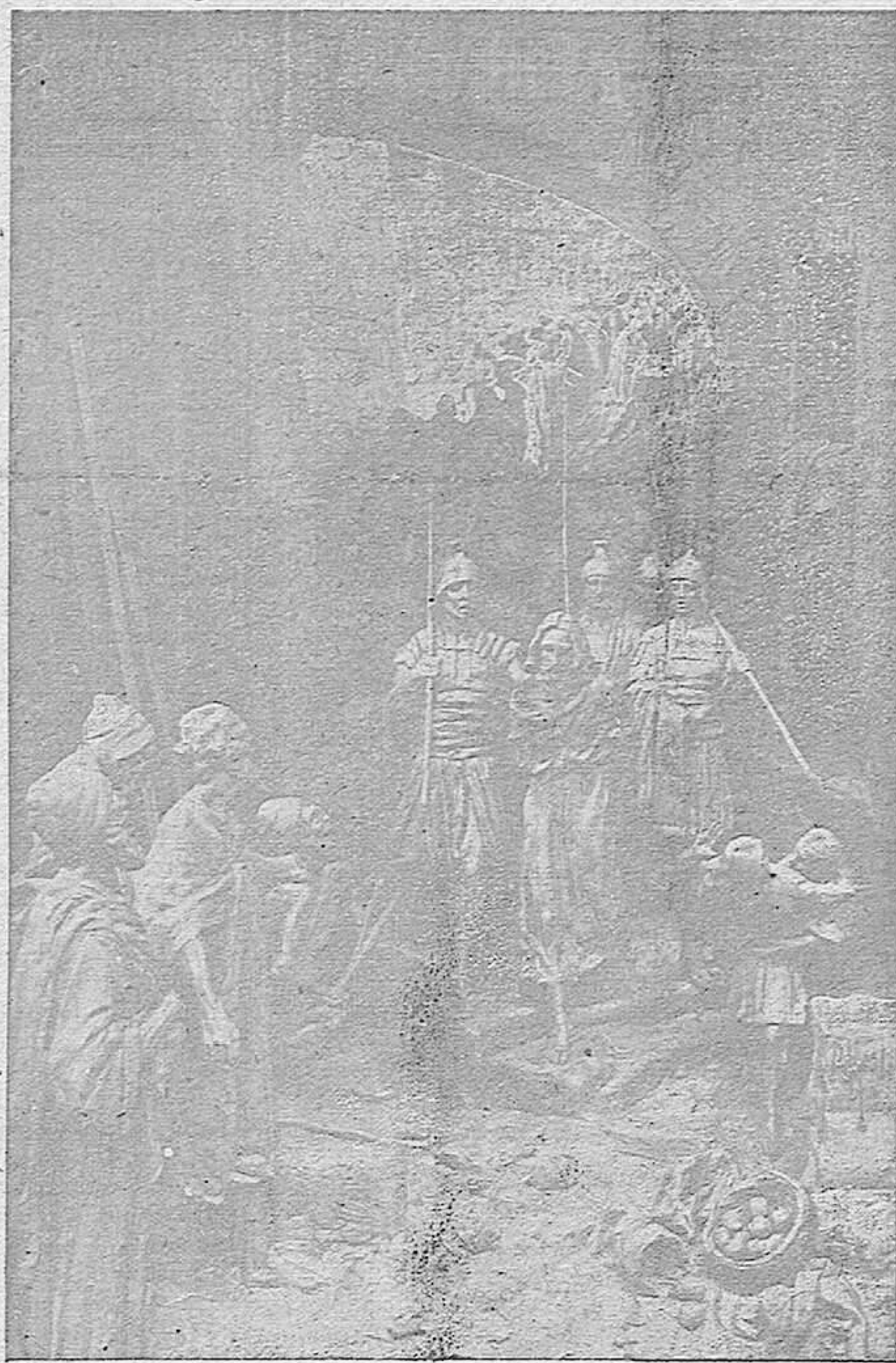
Con el conocimiento que hoy tenemos de Jesucristo, con la fé vivísima en la divinidad de su persona, con el amor que por él sentimos, nos parece que cada uno de nosotros habríamos sido capaces de hacer una hombrada y realizar por él tales actos de valentía, que hubiesen constituido el papel heroico en aquella luctuosa tragedia.

Pero el corazón padece también con frecuencia sus ilusiones. Yo creo que los católicos españoles del siglo XX, a pesar de su fé y de su alardeo de amor a Jesucristo, trasladados a Jerusalén bajo el poder de Poncio Pilatos, no hubieran creado ningún nuevo papel en el drama del Calvario. La gran mayoría de ellos se hubieran amoldado muy bien a uno de los papeles ya creados, y que, por cierto, no es ni de los menos influyentes ni de los más simpáticos, y aun podemos añadir que no es tampoco de los más estudiados. Las responsabilidades de la muerte de Jesucristo no hemos de buscarlas solo en los jueces de Sanhedrín, ni en los Judas, ni en los Pilatos, siquiera sean ellos los más culpables. Hay también grandes responsables entre los amigos y partidarios de Cristo, y esto no se ha considerado bastante, a pesar de ser uno de los puntos que merecen más seria meditación. Hay que considerar atentamente que la causa determinante de la sentencia contra Jesucristo fué un plebiscito popular, y es casi evidente que el voto de los católicos españoles de hoy no hubiera modificado gran cosa los resultados de aquél solemne y trascendental plebiscito. Pilatos, deseoso de librar a Jesús, cuya inocencia conocía, tuvo una ocurrencia sagaz, que ponía la suerte de Cristo en manos de sus amigos. Pilatos se dirige al público, facultándole para escoger entre Cristo y Barrabás. La causa no era desesperada ni siquiera difícil de ganar. Jesús contaba en Jerusalem con grandes simpatías. Allí se hallaban todos los que el domingo anterior le habían ovacionado e introducido en la ciudad con palmas y vivas y entre aclamaciones de triunfador. Allí tenía infinidad de admiradores, testigos oculares de sus prodigios y millares de personas obligadísimo

a sus beneficios. Con sólo que la decima parte de esas personas acudieran a las afueras del palacio de Pilatos para hacer a favor de Jesús una manifestación solemne y enérgica, cual la requería el caso, habrían quedado reducidas a la impotencia las maquinaciones de los enemigos de Jesucristo, como había sucedido tantas veces en casos análogos. Lo dice expresamente el Evangelio: *Timebunt plebem.*

Pilatos lanzó la propuesta, y con urgentes preguntas provocó al pueblo para que hiciese la deseada manifestación; pero, ¡ah!, Pilatos se equivocó. En vez de un público benévolo y razonable, halló un público maledo y hostil. ¿Dónde estaban en aquellos críticos momentos los amigos y partidarios de Jesús? ¿Dónde? Donde habríamos, probablemente, estado nosotros; donde solemos estar casi siempre cuando se trata de resolver con nuestro sufragio la causa de Cristo. Los amigos de Jesús estarían, por lo regular, o tranquilamente en sus casas, o siguiendo tímidamente y a distancia el desarrollo de los sucesos, o si se hallaban presentes serían silenciosos y amedrentados, disimulando cobardemente su fe y amistad. ¡Qué magnífico papel hubieran desempeñado en aquellas circunstancias media docena de hombres que, con denuedo y valentía, se hubieran lanzado a la calle a trabajar la candidatura de Cristo, a enardecer a favor suyo los espíritus vacilantes, a desenmascarar a aquellos hipócritas fariseos, a esforzar la timidez del Presidente, a hacer campaña franca y leal por la libertad de Jesús! Faltó a Cristo ese grupo de propagandistas; faltaronle, como le faltan hoy, hombres de acción, hombres de empresa y de sacrificio, hombres que sepan dar por él, no solamente su nombre, sino sus intereses, su corazón, y lo que en cierta manera es más, su cara, confesándole

paladinamente ante el mundo y consagrándose a promover valerosamente su causa. Por desgracia, las escenas de la Pasión han logrado una perenne actualidad. Desde el punto de vista católico, todo el mundo es hoy Jerusalén. Ni faltan Judas, ni faltan Poncios, ni faltan, ¡ay!, turbas responsables, turbas durmientes, que con su voto inconsciente o con su silencio cobarde dan el triunfo a Barrabás.



DE HERODES A PILATOS (Mastroianni.)

Con solo unas docenas de hombres que con decidido empeño se dedicasen hoy a catequizar a esas turbas, a enardecerlas en el amor de Cristo, a hablarles en las plazas, en la Prensa, en el mitin, en todas partes, de lo que debemos a ese mismo Jesucristo, de lo que es, de lo que para nosotros representa en sí mismo, en sus salvadoras doctrinas y en su Iglesia, ¿quién duda que dentro de poco veríamos crucificados, en lugar de Jesús, muchos Barrabases? ¿Quién duda que tendríamos poco que temer de muchos Poncios Pilatos?

JOSÉ DUESO, C. M. F.  
Director de «El Iris de Paz»

### DE LA PASIÓN

(SONETOS)  
«Nolumus hunc regnare super nos?»  
Luc; 19-14

Entre el ruido de enorme gritería,  
que aviva el cuadro del sangriento drama,  
mientras el viento fragoso brama,  
agitase la infiel raza judía.

—«¡Muerte, sin dilación, en este día  
al Nazareno que Jesús se llama!»  
por calles de Salem rugiendo exclama  
henchida de rencor la turba impía.

Del Justo, altiva, sin cesar, maldice,  
sus miembros santos a la Cruz ya fijos,  
que, al exclamar: —«Yo, tu Rey, ¿qué mal te  
(hice?)

con insidia y afán asaz prolijos,  
—«¡No conozco otro Rey que el César, dice,  
tu sangre caiga sobre mi y mis hijos!»

\* \* \*  
«Omnia traham ad me ipsum»  
Joan; 12 32

Entretanto, el mansísimo Cordero,  
del pueblo deicida aborrecido,  
a impulsos de su fe vé reunido  
en torno de la Cruz al Orbe entero.

Un himno de gracias, placentero,  
se eleva magestuoso e indefinido  
de ella hasta el trono de Jesús querido  
que le librara del demonio artero.

—«¡Todo lo atrajo a Sí!» No hay ser viviente  
que en este día, de beber se olvide  
en frescas aguas de tan clara Fuente,  
¡ni alma humana que en su afán no cuide  
de arrodillarse en oración ferviente  
ante el Sagrario dó el Amor reside...!

AGAPITO ALPANSEQUE Y BLANCO.

### Maria en su Soledad

Hay escenas en la vida, cuya descripción se resiste a la pluma más bien cortada; hay acontecimientos, que la imaginación más perspicaz no puede definir, y que la elocuencia más grande se ve abrumada cuando tiene que referir sucesos incomprendibles, abismos insondables, hechos extraordinarios, de infortunio, de pesar y de dolor. Escena asombrosa, acontecimiento sombrío, hecho extraordinario y abismo insondable, de pena de dolor y sufrimiento, que se resiste a ser pintado y descrito con su propio colorido, es la Soledad de María:

Ya se había consumado la rabia del pueblo judío, habíanse cumplido los designios de la Providencia Divina; había llegado la hora marcada en el reloj de la Eternidad para que se verificase la Redención, y la sangre del Justo por excelencia empezaba a cubrir y empapar la tierra del Monte Calvario.

La naturaleza toda, se había conmovido a la muerte del Supremo hacedor, los elementos todos, mostraban sentimiento al ver que había desaparecido de este mundo, aquel que les dió el ser, y un silencio sepulcral llena de horror y de espanto a aquel que quiera detenerse a contemplar el cuadro más aflictivo, el espectáculo más aterrador que han visto los siglos y que ha llenado de luto a la humanidad. ¡Ha muerto el Salvador y todo se ha conmovido!



Si, ¡qué espectáculo más aflictivo! ¡qué cuadro más aterrador ofrecía el Monte Calvario a la muerte del Salvador! Trastornados todos los elementos y en confuso desorden toda la tierra, que querían de este modo rendir un tributo de sentimiento y de dolor por la muerte del Supremo Hacedor, parecían llegar al fin del mundo y extendiendo la noche su negro manto por la Montaña Santa, todo se había convertido en un tético desierto, en una horrorosa Soledad.

Pero... ¡ah! si todo esto, llenaba de asombro a aquel que se hubiera detenido a contemplar, el cuadro triste y sombrío que presentaba el Monte Calvario a la muerte del Redentor de la humanidad, todavía se asombraría más, si dirigiendo su vista por aquel oscuro paraje la detuviese en la contemplación de un objeto cubierto de luto y de dolor que a través de la escasa luz de las tinieblas proyectaba una sombra de Dolor.

Ese objeto sombrío que causaría pavor al hombre más atrevido, es una criatura singular, es una mujer, es una virgen pura, abnegada en llanto y en mayor desconsuelo. Un vacío inmenso había-se hecho en derredor de aquella mujer extraordinaria, de aquella madre llena de angustias y de dolor, que en el Monte Calvario lloraba su desgracia y aflicción. El postrer suspiro de su Hijo, había roto el único lazo que la unía a la vida: con él habíanse extinguido todas sus alegrías y goces sobre la tierra y el mundo no era ya para ella más que un inmenso desierto, una vasta Soledad, en donde todo estaba marchito, descolorido, en donde parecía faltarle el aire desde el momento en que aquel que era su Sol se había cubierto con las sombras de la muerte, desde el instante en que había dejado de latir el corazón que era su vida.

He aquí, como se encontraba María la Virgen Santísima después de la muerte de su Divino Hijo; en el más completo abandono, en el mayor desamparo, en la Soledad más espantosa, porque para ella era su vida, su alegría y su tesoro su Divino Jesús, y muerto aquél que amaba su alma, todo había quedado convertido para ella en un abismo de penas y de tormentos.

¡Oh! Dolor sobre todo dolor ¡El corazón de María cercado de aflicción y de amargura por la muerte de su adorado Jesús! ¿Quién podrá comprender este dolor de la Virgen Madre? ¿Quién podrá formarse idea de la indecible desolación en que quedaría María al verse sola y sin su Hijo?

¡Ah! nadie, porque el querer comprender la intensidad del abandono en que se hallaba la Reina de los Cielos, después de la muerte de su divino Hijo sería una temeridad, pues su Soledad y desamparo no tiene límites, es un abismo y no puede compararse su situación con las situaciones de otras madres que han visto desaparecer, como ella, ante su vista, al hijo de sus entrañas.

Con razón exclama la Virgen Santísima angustiada, en su soledad y desamparo: *Mi corazón está todo turbado, porque me ha desamparado el que era mi vida, y aún la luz de mis ojos, y El mismo, no están ya conmigo.*

*«Cor meum conturbatum est, derelinquit me virtus mea: et lumen oculorum meorum, eclipsum meum.»* Salmos (XXXVII—V. 11.)

Moditemos, ya que no podamos comprender la Soledad de María, ese profundo mar de amargura de infortunio y de dolor en que se hallaba su corazón al verse sola y desamparada en el mundo. Contemplemos su aflicción y examinemos los motivos de su pena y sentimiento por la desgracia que tuvo con la muerte de su Divino Hijo.

\* \*

¡María Santísima sola al pie de la Cruz! Cristianos, ¿habéis medido alguna vez el triste alcance de esa palabra? ¡Sola! ¿Os habéis en espíritu despojado alguna vez de cuantas ilusiones os son gratas, de cuantos pensamientos os son simpáticos, de cuantas afecciones os son queridas, imaginándoos en extremo e íntimo abrazo con vuestro dolor? ¡Sola! Esta palabra que apenas se mueven los labios cuando ya está pronunciada, ¡tal es su brevedad! alcanza en el orden moral a omínios mucho más dilatados que la inmensidad de esos mares que se ofrecen a nuestra vista. Las olas del mar tienen playas donde descansar, y donde están las playas que sirven de descanso al dolor humano?

En la muerte; pero entre tanto ¡ay del mortal que llora y no tiene una mano amiga que enjugo sus lágrimas! Ay, del mortal que sufre y mira en su derredor y no escucha palabras que lleven algún consuelo a su alma! ¡Ve sola! Ay de! que está solo!

Ved ahí lo que acontece con la Soledad de María. No encuentra lenitivo su corazón ni halla en cosa alguna el más pequeño consuelo para su alma, porque muerto su Divino Hijo, todo ha desaparecido ante su vista y ha quedado en el mundo en el más completo abandono, sola sin que una mano generosa y amiga pueda enjugar sus lágrimas, sin que nadie pueda con palabras consoladoras calmar su intranquilo corazón, pues las criaturas todas son nada, en comparación de Aquel que había perdido, que era el encanto de su existencia, el consuelo de su alma y todo su ser.

¡Oh, dolor sobre todo dolor! Con razón exclama, ba la angustiada Virgen: *«Possuit me desolatam, tota die meo confectam... (Tu Terem, Tren. C. 1.º V. 13.) El Señor me ha puesto desolada, todo el día estoy llena de tristeza, porque el amado de mi alma me ha dejado sola en este mundo y sin consuelo y estoy sintiendo los horrores de una Soledad insuperable.»*

Tan extraordinaria era la aflicción y la amargura de María en su Soledad, que le produce un dolor que excede a todos los dolores humanos; que en vano buscaría el hombre un símil para que fuera conocido, porque nunca acertaría a dar una definición adecuada; pues el hombre más sa-

bio y elocuente no puede definir lo que no acertaba a comprender.

El dolor de María en su Soledad, es grande, y por eso goza del privilegio de las cosas grandes. Ante ellas se piensa, se reflexiona, se descubre respetuosamente, se hincó la rodilla en tierra... pero no se habla; que el lenguaje no logra muchas veces mas que profanar la grandiosidad de un asunto.

Dios es lo más grande que existe, por eso de Él no podemos hablar sino de una manera negativa; y así dice Santo Tomás, que *«Dios es un ser, mejor que el cual, ni existir, ni concebir puede otro alguno.»*

En el orden de las delectaciones y de los gozes, nada hay tan grande como el cielo, por eso acerca de él se expresa negativamente el Apostol dice que en él se goza lo que *«ni el ojo vio ni el oído oyó, ni mente humana alcanzó jamás a concebir.»*

En este orden superior a toda humana comprensión, puede colocarse el dolor de María en su triste aislamiento, en su amarga Soledad; por eso los Evangelistas hablan del sello de dolor que a la muerte de Jesús quedó marcado en todas las criaturas, y de María Santísima solo nos dicen que *«estaba al pie de la Cruz.»* Ella misma, María, no hace más que invitarnos a parangonar su dolor con el de las demás criaturas, para que veamos cuanto les supera en intensidad, limitándose a decir: *«¡Oh, vosotros, los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor! ¡Ovos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si es dolor sicut dolor meus. (Tren. C. 1.º, Versículo 12.)»*

Extraordinarios y grandes habían sido los padecimientos de María en toda la Pasión y Muerte de su Divino Hijo; pero ¡ah! el dolor y el sufrimiento que sintió María en su corazón al verse sola y en su mayor desamparo, sobrepuja a todos sus anteriores padecimientos.

Llena de heroicidad había presenciado todos los tormentos que hicieron sufrir al Divino Nazareno sus enemigos, había escuchado las horribles blasfemias que le habían dirigido, había lle-



¡MATTER DOLOROSA!

vado con la mayor resignación y paciencia los malos tratamientos, los azotes, las afrontas más inicuas que sufrió su Divino Jesús por la salvación de las almas.

Nada en el Calvario había pasado para ella de sapercibido, ni el más leve golpe ni la más mínima injuria, y hasta presenciara el sacrificio de la Divina víctima, con lágrimas en los ojos y con grandes tormentos de dolor en su corazón; pero todavía en estas escenas, tuvo consuelo María Santísima, porque veía a su Hijo, padecía con Él, y de este modo sus dolores eran en cierta manera más llevaderos.

Pero... muerto su Divino Jesús, ocultado a su vista por la fría losa del Sepulcro, no hay para Ella consuelo, se lamenta en su triste estado, las lágrimas surcan sus mejillas y toda Ella se hallaba consumida de tristeza. *«Ploravit in nocte, et lacrymae ejus in maxillis ejus; mont est que consoletur eam ex omnibus charis ejus. (Tren. C. 1.º, V. 2.º)»*

María rompe el silencio de aquella noche tan cruel, lamentándose del abandono en que se halla, y sus palabras de dolor serían capaces de ablandar al corazón más empedernido.

¡Ah! sus lamentos no pueden describirse, sus quejas y su aflicción son incomprensibles y solo es dado al cristiano, considerar los motivos de su pena y sentimiento por la desgracia que affige a la Madre de todos los hombres en su Soledad.

Examinemos, pues, este punto de gran aprovechamiento para nuestras almas.

Después que el Cadáver de su Adorado Jesús fué encerrado en el sepulcro, dirigió sus pasos la angustiada Virgen Santísima al Cenáculo para esperar allí el cumplimiento de las promesas divinas.

Pero—¡ah! su corazón vuelve a llenarse de dolor al registrar con su vista aquel lugar y no encontrar en él al amado de su alma.

Allí, alejada de su Hijo—¿Qué ideas cruzarían su claro entendimiento?—La pérdida que acababa de experimentar era de tal magnitud que no hay pérdida alguna que con ella pueda compararse; sola y entregada a sus pensamientos derrama un torrente de lágrimas; sus ojos en vano le dirige de uno a otro lado, porque no estaba allí el único objeto que su pena pudiera mitigar.

Ella le había dejado en el Sepulcro, pero no obstante le llama, su nombre lo tenía grabado en su corazón—Jesús pronunciaban sus trémulos la-

bios:—Jesús; hijo mío, muy amado, ¿dónde estás que te busco y no te hallo? ¿Porqué no vienes a los brazos de tu madre?

¡Qué tiempo tan feliz aquellos nueve meses que te tuve en mis entrañas! ¡Qué días tan hermosos aquellos en que te alimentaba con mis pechos! ¡qué gloria para tu Madre cuando empleaba sus mejores horas para cuidarte! verdad es que durante tu vida, he pasado los más grandes sinsabores; que mis días han sido amargos porque siempre he tenido delante de mis ojos, aquel triste vaticinio de Simeón en el Templo, que ya ha venido a tener su cumplimiento, pero al fin disfrutaba de tu vista, y tú presencia era para mí un bálsamo de consuelo, un alivio para mis penas: tú hermoso y divino rostro era el sol que me alumbraba y guiaba por el mundo: tus palabras eran oráculos que me embelesaban y tu vida era mi vida.

Pero ahora ¿qué haré sin tí? ¿Porqué has abandonado a tu pobre Madre? ¿Porqué no fui encerrada en el sepulcro? ¡Ah! Con cuanto placer te hubiera acompañado, ¿Cómo podré vivir en esta triste y amarga soledad en que me encuentro?

Continuamente atormentaban su corazón recuerdos amargos, sucesos tristes, escenas conmovedoras, que desgarraban sus entrañas de dolor.

Los azotes, las espinas, los clavos, la sangre derramada por su Hijo, los insultos y blasfemias del pueblo judío, todo si, formaría en el fondo de su pecho sensibilísimo un mar inmenso de aflicción, entre cuyas soberbias olas bogaba su alma desposeída de todo consuelo, de todo amparo y ayuda en su desgracia.

María, busca el medio de suplir la ausencia de su Hijo con su continuo recuerdo, y ¡ah! este recuerdo aumenta más y más el martirio de su alma cuanto se renueva en María la memoria de su Hijo, de sus altísimas perfecciones y de sus atributos, más se aumenta el tormento de su corazón.

Paréceme oírle exclamar «He perdido a mi Jesús, y con él todo lo he perdido, y me he quedado como triste y desamparado la viuda; mi corazón está todo turbado; me han desamparado mis fuerzas y aun la misma luz de mis ojos no está ya conmigo». Todo cuanto en su Soledad pasaba, dice San Bernardino de Sena, todo cuanto veía, todo cuanto iba ocurriendo, era un nuevo motivo de dolor y de angustia para María. Bien puede exclamar con el profeta de los lamentos *«Andier mut quia ingenisco ego, et non est qui consoletur me.»* Han oído mis clamores y mis lágrimas, y no hay quien me consuele.—(Tren. cap. I v. 21.)

Si la multitud de recuerdos de su Hijo hieren su corazón y le llenan de dolor en su amarga Soledad, la consideración de las prerrogativas con que le había adornado el Omnipotente era un nuevo motivo de su pena y de su aflicción.

El dolor es tanto más agudo cuanto mayor es la injusticia con que se aplica. Por eso, cuando el hombre tiene conciencia de su provaricación, dobla su cabeza ante el fallo de la ley, sino gustoso porque la expiación repugna a nuestra naturaleza al menos resignado.

Y ¿qué pecado cometió María en qué delito incurrió para hacerla llorar Soledad tan amarga? ¿Soy yo se preguntaría esa Mujer apena la, aquella mujer excepcional, elegida por Dios desde toda la eternidad entre todas las mujeres que habían de ser en el tiempo para que en mi encontraran realización los grandes designios del Altísimo? ¿Soy yo, aquella mujer que alumbró a la humanidad desde el génesis del mundo con fulgores de esperanza? ¿Soy yo la mujer, término de los suspiros de los Patriarcas, de las lamentaciones de los Profetas y de las ansias de los justos? ¿Soy yo, aquella mujer, de quien no fueron más que pálidas sombras, tantas y tan celebradas heroínas como brillaron en las páginas del Testamento antiguo? ¿Soy yo, aquella mujer que en Belén, apenas nacido mi Hijo, vieron mis ojos postrarse a sus plantas multitud de pastores y los Reyes más grandes de la tierra?

Decidme pues, Patriarcas; decidme, profetas; decidme, justos; decidme, generaciones; decidme, pastores; decidme, Reyes; ¿cómo ahora me encuentro tan desamparada y tan sola? ¿Cómo me encuentro en tan sombrío aislamiento? ¿Cómo no me prestáis algún consuelo en esta Soledad que angustiada lloro?

En verdad que todas las prerrogativas, con que el Eterno la enriqueció serían para Ella en aquellos momentos, en su Soledad y desamparo un estímulo y un motivo para avivar su dolor.

¿Podía criatura alguna considerarse tan llena de gracias y perfecciones como María? ¿No debería por por esto, prometerse felicidades y bienandanzas sobre la tierra?

María, si, fué una mujer privilegiada y desde «el Eterno» fué elegida para Madre de Dios; ¡Oh! dignidad incomparable pero ¡ah! las grandes dignidades van siempre acompañadas de grandes dolores; de grandes sufrimientos; por eso María, apesar de ser la Madre de todo un Dios, de aquél que dirige y gobierna todo el Universo siente en su corazón los rigores del infortunio mas cruel, al verse sola y desamparada en el mundo; pues, consumado el gran sacrificio y encerrado el cadáver de su Hijo en el Sepulcro, ha quedado como triste viuda y en la más espantosa Soledad, llena de dolor y de amargura.

Si, llena de dolor y de aflicción, se encontraba María en su Soledad. Miraba a los cielos y los veía enlutados por la muerte del Supremo Hacedor; dirigía su vista a la tierra y la encuentra como un sombrío paraje cubierto de tinieblas y miraba a la humanidad y en su frente advierte el rojo estigma de la sangre que acababa de verter su Hijo; miraba a su pasado, y lo ve flotando entre nubes de risueñas esperanzas; piensa en su presente y al comparar el pasado y su situación, es tal la intensidad de su dolor, que apenas tiene fuerzas para hacer un llamamiento al corazón de las criaturas diciendo *Audite Universi populi et videte dolorem meum (Tren I. v. 10.) Posuet me desolatam, (Tren. cap. I. v. 13.)* Mi hijo ha muerto,

o han arrancado de mis brazos, y me veo privada del último consuelo, que era verle aun en vida. Me ha dejado Sola, desconsolada y como consecuencia de esta mi Soledad *toladie meo confectam.* Consumida estoy todo el día de tristeza.

\* \*

Ved ahí, como se hallaba María en su Soledad y la aflicción y la amargura que embargaba su corazón, y los motivos de su pena y sentimiento por la desgracia que tuvo con la muerte de su adorado Jesús, de su querido Hijo en quien cifraba todas sus esperanzas y todas sus alegrías.

Piedad reclama María, toda angustiada y dolorida; compasión y ternura pide a los corazones verdaderamente Cristianos, y sentimientos de amor y de gratitud a todos los hombres.

Todos estamos obligados a consolar a María en su Soledad, y a pagar un tributo de compasión, de gratitud y de amor a la Reina de los Angeles, porque es nuestra Madre y nosotros con nuestros pecados fuimos la causa de su Soledad y desamparo, y a cada momento repetimos la escena sangrienta del Calvario, porque con nuestras culpas renovamos los padecimientos de su Divino Hijo y por consiguiente volvemos otra vez a llenar su corazón de amargura y aflicción.

No sean ineficaces para nuestras almas los lamentos de María en su Soledad, ni infructuosos para nosotros la meditación de su aflicción y de su amargura, sino que por el contrario grabemos en nuestro corazón su recuerdo y su memoria. ¡Cuán felices seríamos si la memoria de su Soledad no se apartase jamás de nosotros! Dichosos, si, todos los hombres que pensando seriamente en la causa del desamparo y en la triste y angustiada situación en que quedó la sin par excelsa María, a la muerte de su querido Hijo, dejáanse de ofender al criador de todo lo existente.

Esta consideración nos sería suficiente para no separarnos del camino de nuestra salvación. Sería, si, una medicina que nos apartaría del pecado y nos tendría siempre unidos a su adorado Jesús.

¡Angustiada y afligidísima María! Contemplando tu espíritu abatido y lleno de aflicción en tu Soledad y desamparo, recibe un pequeño consuelo del más humilde de vuestros hijos; te ofrezco mi alma y todo mi corazón y te pido por los miserables pecadores—volver esos ojos llorosos y compasivos a todos los que te invocan en sus desgracias y aflicciones y ya que sois nuestra madre y tenéis entrañas de amor para todos los hombres, acogednos bajo vuestro amparo y protección.

Somos enfermos y llevamos en nuestros cuerpos miserables, unas almas muy débiles y llenas de todo género de miserias pero ¡vos! que sois salud de los enfermos, tened piedad de nosotros—somos pecadores que a cada momento nos dejamos llevar de las más deplorables pasiones, pero ¡vos! sois el refugio de los pecadores, tened piedad de nosotros—sobre todo, Señora, somos cristianos y no permitáis que en este tránsito tan peligroso aunque tan corto de la tierra al Cielo, del tiempo a la eternidad, nos permitáis que nuestra frágil barquilla zozobre en el proceloso mar de este mundo, que por doquiera nos presenta escollos y peligros, ¡Oh! vos que sois la estrella del mar y el auxilio de los cristianos, tened compasión de nosotros, interceded por nosotros y llevadnos al Cielo para gozar con vos de las delicias y eternidades.

DANIEL GUTIÉRREZ BENITO.

Párroco de Alcubilla de las Peñas.

## El Crucifijo de mi alcoba.

Tengo un Crucifijo velando mi cama, no he podido jamás acostarme sin que hayan brotado mis labios con fé una plegaria; y al mirar su rostro y al sentir el dolor que pasara, y al pensar tan solo, en aquella amargura tan larga, una pena muy honda me affige, un dolor muy profundo me embarga, de mi pecho un suspiro ha brotado y mis ojos han dado una lágrima porque sé que mis penas las oye, que me escucha lo dice en su cara también sé que mis males se curan rezándole al Cristo que vela mi cama. Por eso lo quiero por eso en el fondo del alma un amor incesante he brindado, amor, que es muy poco para tanto como Él me brindara cuando en pena y dolor, enerrado hacia el monte Calvario marchara sufriendo a las turbas escuchando groseras palabras y sintiendo el dolor de su Madre tan solo apreciado por Él, que pensaba.

\* \*

¡Cuán bueno es el Cristo, que vela mi cama!



Él, alivia los muchos dolores,  
Él, consuelo les presta a mis lágrimas,  
Él, amor incesante a mi pecho,  
le otorga si el pecho amor le rogara!  
Yo le quiero mucho  
porque sé, que en cariño me paga  
en cariño, muy grande... tan grande,  
que a expresarlo no encuentro palabras.

Por Él, sé, que mi madre en el cielo  
está siempre velando por mi alma;  
por Él, sé, que mi madre querida,  
gozando está calma,  
una calma eterna  
una calma de paz que no acaba,  
porque nunca lo bueno termina  
si el Señor en su Reino lo entrara.  
Y le rezo por eso yo mucho  
y le brindo mi ser; y en la extancia,  
cuando acabo de orar,  
una cosa sublime  
una grata ilusión  
que preludia de amores que encantan  
un prelude sincero de dichas  
un encanto de gloria que alcanza  
más que alcanza una mente que sueña  
más que puede alcanzar la esperanza.

\* \* \*  
¡Cuan bueno es el Cristo,  
que vela mi cama!  
¡Cuantas cosas me dice al oído!  
¡Cuantas horas me paso en su charla!  
¡Cuan Amor en sus frases me ofrece!  
¡Cuantas horas de llanto me calma!  
Yo no acierto a explicarme a esos hom-  
(bres

que no vuelven a Cristo la cara  
que se alejan de Él, tras lo negro  
del pecado que a sí, los arrastra,  
y le dicen con ansia de vida  
contrita su alma  
dolor en el pecho  
y en los ojos lágrimas:  
Jesús mío: ¿Porque te he olvidado?  
¿Porque ya de Ti no acertaba  
a decir ese nombre bendito  
a expresar lo que siento en el alma  
a rezar como rezan los buenos  
a sentir de esa fé dulce llama  
que alimenta con sus resplandores  
y dá fuerza y valor a las almas?  
¿Por qué, Jesús mío,  
Tu nombre olvidaba?

Y con esta oración tan sencilla  
y con estas sencillas palabras,  
¡No habrá un ser que no duerma tranquilo  
mientras Cristo le vela en la cama!  
NICOLÁS GONZÁLEZ VILLARROYA.

LA DISPERSION DE LOS APÓSTOLES  
DESPUES DE LA PRISION DEL SALVADOR

La crítica deseosa de encontrar contradicciones en los relatos evangélicos de la Pasión ha interpretado de una manera completamente arbitraria algunos detalles de aquellos sublimes relatos. Fijémonos en uno de esos detalles, en la dispersión de los Apóstoles después de la prisión de su Maestro para patentizar la inconcebible audacia de los críticos racionalistas. Terminada la cena pascual, y rezada la parte del Hallel que en tal ocasión acostumbraban a rezar los judíos, el Salvador emprende el camino de Gethsemaní con sus Apóstoles. Perdura en su alma el sentimiento de íntima tristeza que había manifestado durante la última cena; el Salvador sabía que era llegado el momento supremo y veía ya en su imaginación la cruz que habían de ponerle los hombres. Durante el camino, el Salvador habla en esta forma a sus Apóstoles: «Todos os escandalizaréis por ocasión de mí, ésta noche, según está escrito: heriré al pastor y se descarrarán las ovejas. Pero en resucitando me pondré a vuestro frente en Galilea en

donde os reuniré otra vez.» Como se ve, el Salvador anuncia la próxima fuga, la dispersión de los Apóstoles y cita unas palabras del profeta Zacarías que le sirven muy bien para expresar su pensamiento.

Prescindamos de estas palabras de Zacarías y fijémosnos en el anuncio de la dispersión. El Salvador no anuncia la ruina completa de la fé de sus discípulos; anuncia que le abandonarían por falta de valor. De los doce discípulos que Jesucristo ha elegido por compañeros uno va a hacerle traición, los otros le abandonarán y el primero de todos pegará a su Maestro. ¡Ingratitud vergonzosa que no podía menos de entristecer profundamente el corazón delicadísimo del Redentor! Pero el Salvador anuncia también que después de su resurrección él volverá a reunirlos en Galilea.

Los racionalistas no tienen inconveniente en admitir el anuncio de la dispersión pero rechazan el de la reunión posterior de Cristo resucitado con sus Apóstoles en Galilea. Ellos no admiten el hecho de la resurrección ni los anuncios de la misma. La pretendida frase del Salvador invitando a los Apóstoles a reunirse con él en Galilea, no guarda relación con lo que precede escribe Lolsy.

Y para nada se tiene en cuenta dicha frase en el párrafo siguiente, pues San Pedro haciendo protestas de adhesión al Salvador habla como si no la hubiese oído. El autor del segundo Evangelio ha introducido dicha frase en el texto evangélico para preparar el relato de la resurrección singularmente las palabras del Angel a las piadosas mujeres; del segundo Evangelio ha pasado dicha predicción al primero mas no al de San Lucas.

Cualquiera puede apreciar en su justo valor estos argumentos.

Es falso en primer lugar que las indicadas palabras de Cristo no guarden relación con el párrafo precedente, están estrechamente enlazadas con él, Jesús anuncia la dispersión de los Apóstoles, hechos triste y vergonzoso; el anuncio había de entristecer pues a los discípulos, que en aquél momento se creían capaces de realizar cualquier acto de abnegación en obsequio a su Maestro. Mas para que no se entristezcan demasiado el Salvador les anuncia, que no le abandonarán para siempre, pues con Él volverán a juntarse en Galilea. El orden es pues perfecto; la conexión no puede ser más estrecha. San Pedro prescinde, es verdad, de las últimas palabras del Salvador pero ¿cómo ha de extrañarnos esto? El jefe de los Apóstoles con su noble ardimiento rechaza la acusación de cobardía, que acaba de lanzar el Maestro a sus discípulos; eso es lo único que por el momento le preocupa. De una reunión posterior en Galilea no hay que hablar, pues San Pedro está seguro de que jamás, jamás abandonarán los discípulos al venerado Maestro, que tiene palabras de vida eterna. Es claro, por consiguiente, que las palabras alusivas a la Resurrección no fueron introduci-

das por San Marcos en el discurso del Salvador para preparar relatos posteriores; el mismo Salvador las pronunció. Negarlo equivale a interpretar a capricho y con inconcebible audacia las palabras del Evangelio.

San Pedro al hablar en aquella forma interpretó seguramente bien la opinión y las intenciones de los demás Apóstoles, dispuestos en aquél momento a derramar su sangre por el Salvador. Pero ¡ay! la voluntad humana cambia fácilmente y el contacto con la implacable realidad disipa pronto los más generosos propósitos. Llega el traidor Judas al huerto de Gethsemaní y los Apóstoles se aprestan a defender al Salvador. Emprenden una lucha desigual con los esbirros, que armados de espadas y palos habían acudido a prender al Redentor, desenvainan sus dos espadas y se aprestan a luchar en defensa de Jesús. Mas por una parte el Salvador les prohíbe emplear las armas y por otra les es imposible sostener una lucha tan desigual. Jesús cae en poder de los turbas acaudilladas por el discípulo traidor y todos los discípulos huyen abandonando a su



LA TRAIÇÃO DE JUDAS Mastroianni.

Maestro, menos Pedro y Juan que le siguen de lejos.

El sentido obvio de las palabras de Cristo, que anuncian la fuga y de las palabras de los evangelistas, que la refieren, es indudable que los Apóstoles huyeron del huerto, mas no de Jerusalen emprendiendo veloz carrera hacia las orillas del lago Tiberiades en que habían nacido. Pero los racionalistas no lo entienden así. Tienen empeño en convencernos de que dos días después de la muerte del Salvador los Apóstoles no estaban ya en Jerusalen y de que son, por tanto, falsos los relatos evangélicos de la Resurrección. De aceptar sus indicaciones habíamos de creer que los Apóstoles viendo preso a su divino Maestro no pasaron desde el huerto de los olivos hasta Galilea. Si alguno no emprendió veloz carrera en el mismo huerto, la emprendió al día siguiente al ver muerto su Redentor.

Así opinan los racionalistas pero sin razón alguna. No es verosímil que los discípulos del Salvador emprendieran tan veloz carrera sin enterarse siquiera del trágico fin del Salvador. No es tampoco verosímil, que inmediatamente después de la muerte del Maestro, hu-

yeran a la Galilea, pues quedaba todavía en sus corazones algo de esperanza. Y si los Apóstoles no estaban en Jerusalen dos días después de la muerte del Salvador ¿a quién atribuirán los enemigos de nuestra fé la desaparición y ocultación del cuerpo de Jesucristo encerrado por José de Arimatea en un sepulcro?

Verdad es, que el Salvador hablando a los Apóstoles, les anuncia su dispersión. Más para que la dispersión fuera real, no se necesitaba que los Apóstoles se dispersaran hasta el punto de huir a Galilea, reunidos como estaban en Gethsemaní se dispersaron aquella noche, emprendiendo precipitada fuga ¿No bastaba esto para que Jesucristo anunciando la fuga de los Apóstoles la llamase dispersión? Si los evangelistas hubiesen entendido las palabras de Cristo, como alusivas a una huida inmediata de los Apóstoles a Galilea, hubiesen referido esta dispersión y no hubiesen afirmado, que los Apóstoles estaban en Jerusalen, al Domingo siguiente de la crucifixión. Ellos no conocen más dispersión que la verificada en el huerto; por consiguiente a esa y solamente a esa se referían, las palabras del Salvador.

Sirvan estas sencillas reflexiones, para convencernos de la abominable audacia, con que los enemigos de nuestra fé tratan los Evangelios. También ellos quisieron dispersar el rebaño del Pastor eterno, del que con tanta razón se llama el Buen Pastor. Pero no; no lo conseguirán. Nosotros viviremos siempre unidos al Buen Pastor y jamás nos separaremos de su dulce compañía.

HILARIO FABÉN.  
Director del semanario católico «El Henares».

RAPIDAS  
TRIPTICO

Con razón el salmista preluendo en lira, pudo cantar con canto melodioso y armónico y nosotros acompañarle en su cántico lanzando a los vientos, para que estos mensajeros de nuestras armonías digan y proclamen por doquier aquellas sublimes y veraces palabras del salmo ochenta y ocho: «*Domine Deus virtutum, quis similis tibi?*» Señor Dios de los poderios, quien es semejante a ti?...

CREACION

Las tinieblas se habían enseñoreado de la tierra que estaba sin vida, sin sus adornos de plantas, flores y animales; más de pronto se rasgaron sus tinieblas y apareció cual soberana absoluta la reina de la vida, la luz, que traía sobre sus hombros, hermoso manto azul, tachonado de brillantes y resplandecientes estrellas, y a sus pies murmurando canciones de amor y servidumbre corrían las cristalinas aguas, que reunidas después en grandes cantidades formarían los inmensos mares, el ambiente fué saturado de olorosos perfumes, por las plantas que ofrecían sus dones a la soberana; «*et lignum pomi forum faciens fructum juxta genus suum.*» (1)

Aquellas aguas, que reunidas formaron los inmensos mares, fueron abatidas en su soberbia, ellas que se consideraban reinas absolutas de sus dominios, tuvieron que dar albergue en su seno a miles y miles de animales vivientes; los impetuosos vientos abrieron también sus puertas a las aves, que soberbias se remontaban desde la tierra, y esta se vió hollada por la planta de los animales; y luz y tierra, agua y aire, peces, aves y animales tuvieron que rendir vasallaje al rey de la Creación, al hombre «*hecho a imagen y semejanza de su Creador.*» (2)

¿Qué fenómeno había sucedido para que las tinieblas que reinas y señoras de la tierra eran, tuvieran que huir horrorizadas de su misma fealdad?... Es que oyeron un fiat a esta palabra mágica pronunciada por unos labios divinos se efectuaron todas estas maravillas.

En verdad que Dios muestra su grandeza en la Creación.

ENCARNACION

Y a pesar de todo esto tan maravilloso y sorprendente, años después el Profeta de los gemidos y del dolor, exclamaba en visión pro-

(1) Géne. 1.  
(2) Géne. 1.º-26.



fética: «el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra.» (1)

Los vaticinios de Jacob, Daniel iban a tener cumplimiento, se acercaba la hora de destrozarse la cabeza del dragón infernal, que un día astuto y envidioso a Eva engañará a comer de la fruta prohibida.

Rasgáronse los cielos azules y un Arcángel hermosísimo, mensajero de aquellas celestiales alturas vino a la tierra, su misión debía ser de paz, de alegría, ¿dónde se dirige?, a Galilea, a Nazaret, no a hermosos y suntuosos palacios, antes por el contrario, a una casita humilde y pobre pero limpia, ¿no sabéis quien vive en ella? es María, esposa de José.

El celestial embajador ha penetrado en la casita, oigamos que dice y cual es su misión: «Dios te salve María,—dice el arcángel—tú eres bendita entre todas las mujeres, entre todas las criaturas la que has hallado gracia ante Dios, y he aquí que yo, su fiel y subordinado ministro, vengo como legado suyo para notificarte que el Altísimo, el Ser Supremo, el Creador de todas las cosas, el que carece de principio y de fin, quiere morar en tus entrañas, quiere hacerse hombre, tomar la naturaleza humana y unirla a la divina, quiere nacer de ti que eres virgen, «pues lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios.» (2)

Se ha turbado la hermosa doncella, su humildad la impetra rechazar tan grandiosa dignidad, mas triunfa la obediencia, y sus labios pronuncian un fiat mucho más importante, mucho más transcendental que el fiat de la Creación; por el segundo fiat en un momento el Inmenso, el Infinito, el Omnipotente, el Verbo se hizo carne, por el primero de, la nada hizo Dios todas las cosas, por el segundo se convierte Él casi en la nada.

Inmensa es la humildad y magnificencia de Dios en la Encarnación.

### REDENCION

La plenitud de los tiempos había llegado, (3) había sonado en el reloj la hora de la Redención, de la salvación del género humano, los vaticinios se iban a cumplir.

El hijo de Dios hecho hombre lleva sobre sus débiles hombros el pesadísimo madero de la Cruz, de nuestras culpas, desaltecido ha llegado al monte Calvario, y quitadas sus vestiduras pende clavado de lo alto de un madero, ante tal espectáculo la naturaleza llora y gime, el sol, rey del universo absorto de tanta desgracia ha recogido su imperial manto de rayos de luz y ha corrido a ocultarse tras las nubes, las tinieblas se hacen otra vez señoras de la tierra, el incansable ruiseñor no se atreve a alegrar con sus trinos la triste pradera, el águila que remontara con magestuoso vuelo sobre las nubes, se ha acobijado medrosa entre sus polluelos, el mar, la tierra, las plantas, los animales todos muestran sus sentimientos proclamando la inocencia del Crucificado.

Sin embargo Jesucristo no se halla en la Cruz, ni por el sol, ni por las plantas, ni por los animales, tan solo esta en ella por salvar al hombre, por redimirle, y en premio de ello este se mofa de Él, y le insulta con el mayor de los insultos, cual es la burla y la chazota diciéndole: «Ha, tú el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, salvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios desciende de la Cruz...» (4) y el dulce Jesús mientras tanto desde lo alto de la Cruz, exclamaba: «Perdonalos padre mío!»

«Oh amor inmenso de Dios para con el hombre! este se mofa, se burla, se escapa y Él expira en una Cruz, por abrirle de par en par las puertas del cielo, con razón dijo Jesucristo instruyendo a Nicodemo: «porque de tal manera amó Dios al mundo que dió a su Hijo Unigénito» (5).

\* \*

Hermoso tríptico es el formado por la Creación, Encarnación y Redención, si en la primera se manifiesta la grandeza del Señor, en la segunda resplandece su humildad y en la tercera su amor, y el amor es superior a todas las cosas.

Indudablemente Dios es grande en la Creación, más todavía lo es en la Encarnación y mucho más en la Redención, y a vista de tan gran espectáculo como no hemos de cantar sin cesar con el salmista *Domine Deus virtutum quis similis tibi?*

JOSÉ GARCÍA CORTÁZAR.

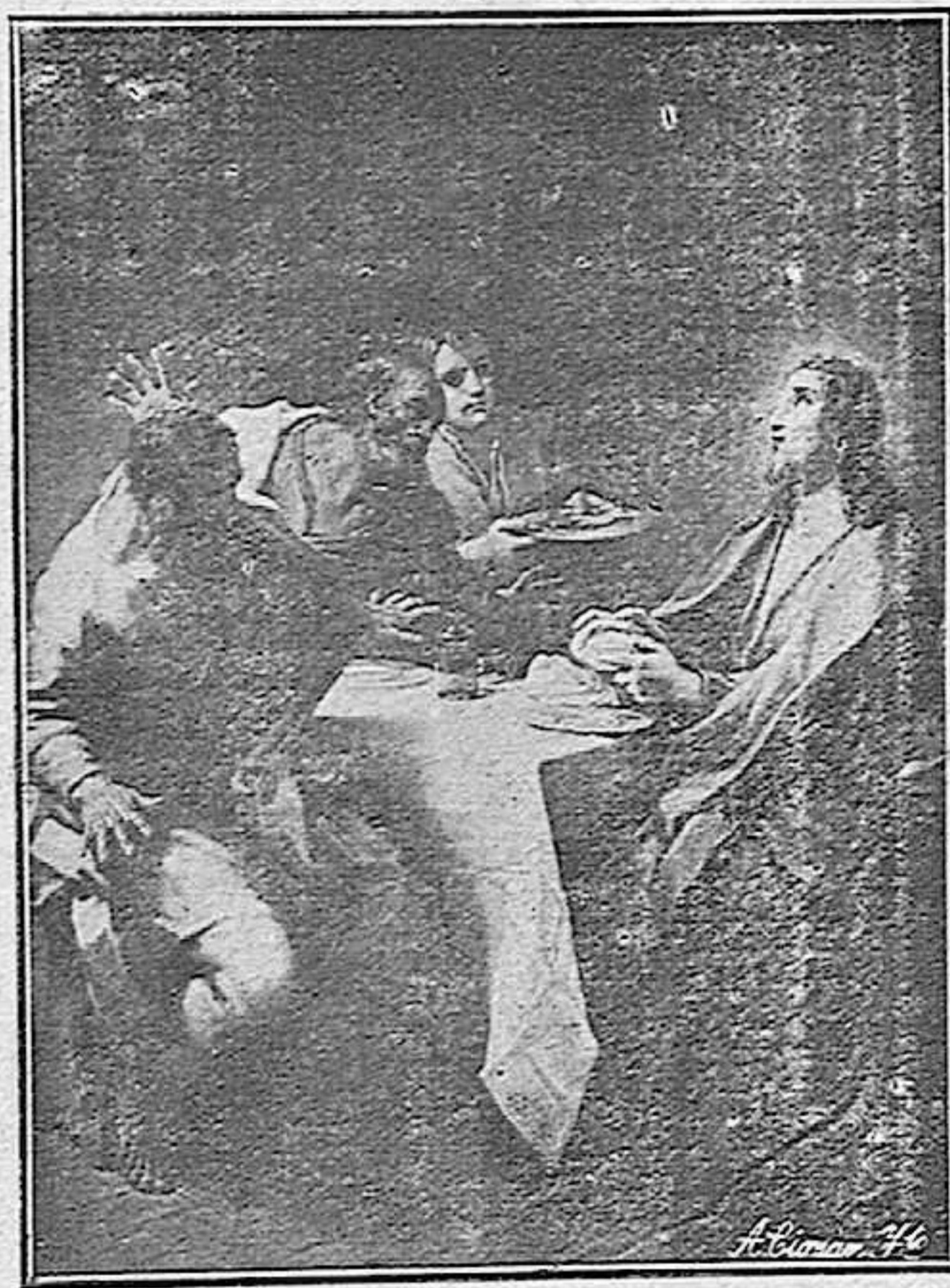
## Las negaciones de San Pedro.

Camino del monte de las olivas predice el divino Maestro a sus apóstoles el abandono en que han de dejarle en aquella noche misma que había sido testigo de las finezas de su amor. Y con-

- (1) Jeremías. 31-22.
- (2) San Lucas. 1.º-35
- (3) San Pablo ad Galas. 4-4.
- (4) San Mat.-27-40.
- (5) San Jun. 3-16.

fiando Pedro excesivamente en sus fuerzas, y olvidando que este abandono estaba predicho por el Profeta Zacarías al decir *heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas.* «Aunque todos, contesta a su Maestro, se escandalizaren en ti, yo no me escandalizaré.» E insistiendo Jesucristo en su vaticinio y aplicándole concretamente a Pedro: «En verdad te digo, que esta misma noche antes de que cante el gallo me negarás tres veces.» Ni las escrituras santas, ni la más santa afirmación de su divino Maestro, ni la misma experiencia de su propia debilidad son bastantes para acallar a Pedro, y «aunque sea preciso morir contigo, replica, no te negaré.» Y decidido estaba realmente el Príncipe de los Apóstoles a cumplir su palabra, pues, acaso antes de dos horas, viendo que quieren prender a su Maestro, desenvaina su espada y corta la oreja derecha de un tajo a Malco, uno de los criados del Sumo Pontífice, que con otros muchos había venido a prender a Jesús. Y ni la resurrección del Salvador, ni su infinita caridad reemplazando inmediatamente la oreja al siervo herido, ni la dispersión de los otros Apóstoles, ni la algaraz de los enemigos que se llevan preso a su Maestro amilanando al amante discípulo que no pudiendo hacer otra cosa, «seguida de lejos a Jesucristo» dicen los Evangelistas, para ver el fin, y logra entrar en el mismo atrio de la casa del Pontífice y adonde había sido conducido su amado prisionero.

Pero lo que hasta aquí había dicho y hecho el amante discípulo era la obra de su impetuoso amor, la prueba de que toda sus afirmaciones se ajustaban estrictamente a los actuales impulsos de su corazón; ¿mas no sería tal vez la presunción la que movía su lengua para predecir un futuro, que si ni aun en lo meramente terreno está en nuestras manos, mucho menos lo está en lo espiritual? Así juzgan los Santos Padres, y esto de mostraron los hechos momentos después. Se le acerca, a poco de haber entrado en el atrio de la casa del Pontífice, la criada que cuidaba la puer-



Institución de la Eucaristía.

ta, y encarándose con él le dice: «tú también estas con Jesús el Galileo» y Pedro en presencia de todos lo negó diciendo: «no sé lo que dices, y huye de aquel lugar, mas apenas había salido de una puerta cuando otra criada viéndole dice: «los presentes también este estaba con Jesús Nazareno»; y otra vez Pedro negó asegurándolo con juramento: «guía non novi hominem» no he conocido a ese hombre. Discurre intranquilo de una parte a otra, y no había transcurrido una hora cuando le instan los circunstantes diciendo: «verdaderamente tu estabas con ellos, pues tu acento te denuncia por galileo: y él empezó a detestar y a jurar que no conocía a aquel hombre: y al momento cantó el gallo, y se acordó Pedro de la palabra de Jesús, y a una mira amorosa de éste, salió de casa del Pontífice y empezó a derramar amargo llanto.

Esta sencilla historia de las negaciones de San Pedro, nos pone de manifiesto la presunción y a la vez la debilidad y la inconstancia del corazón humano.

En primer término la presunción. Toda la vida de Jesucristo había sido un tejido de profecías y milagros, de cuyo cumplimiento era Pedro testigo de mayor excepción, puesto que había sido el confidente, juntamente con los hijos del Zebedeo, de la vida de su divino Maestro; cuanto había dicho, aun las cosas más inverosímiles, según el humano raciocinio, todo se había cumplido, y sin embargo oye una vez más el oráculo del Salvador anunciando que en aquella misma noche, «en plazo tan corto» habían de abandonar sus discípulos, y la presunción (amorosa si nos parece, pero presunción al fin), de Pedro no le permite creer a su Maestro, no le deja concebir que él pueda abandonarle, y aunque lo crea posible para todos los demás, para él no es posible, y dice que aunque todos los otros le abandonen él no le abandonará, y es inútil para él verle de su presunción el que Jesucristo, confirme su vaticinio diciendo que para este caso estaba escrito en el Profeta Zacarías «hierre al Pastor, y se dispersarán las ovejas» Insiste Jesucristo en particularizar la profecía, aplicándola de una manera especialísima a Pedro, circunstando de tal manera sus negaciones que señala el número de

ellas la noche en que han de verificarse, y hasta la señal que ha de ponerles término, y por si su divina palabra no fuera digna de crédito la confirma con juramento: «En verdad te digo, que en esta misma noche, antes de que cante el gallo me negarás tres veces.» Todo en vano, Pedro, presuntuoso, hasta esta particularización y este juramento echa por tierra, contestando arrogante: «Aunque sea preciso morir contigo no te negaré.» ¡La dolorosa experiencia le volverá después más avisado! Mientras, su desengaño puede enseñarnos a todos que sin la gloria de Dios el hombre con solas sus fuerzas no es capaz de dar cima ni a las más fáciles empresas espirituales.

Nos revelan también esas negaciones de San Pedro la debilidad y como seguela la inconstancia del corazón humano.

En el espacio de dos o tres horas aquel corazón esforzado de Pedro que trae a su boca tan impetuosas promesas, y pone en su mano poco después, para hacer buenas sus palabras, la espada con que corta la oreja al siervo del Pontífice, sin temor a que arremetan contra él todos aquellos enemigos armados que han venido a prender a Jesús y den fin de su vida; ese corazón que tiene amor para seguir a su Maestro preso, y valor para entrar a la casa de sus perseguidores: tiembla momentos después a la voz de una criada que, al fin no le acusa, sino que simplemente expone sus temores de que él sea del número de los discípulos del Nazareno, y sin que haya crecido el peligro, sin que haya menguado el aprecio, sin que, ni siquiera, haya cambiado su convicción, ¡qué distintas sus palabras, qué otro su valor! Huye de la vista de personas pacíficas, aunque enemigas el que poco ha desenvainó su espada para luchar con la turba frenética y armada. Este es el hombre abandonado a sus propias fuerzas. La debilidad y la inconstancia misma. Estas suelen ser también las consecuencias de la presunción: Dios al ver nuestra arrogancia nos deja solos, y la caída más vergonzosa en los más repugnantes vicios, según los cálculos humanos, ni nuestras pasadas ideas, ni el testimonio de nuestra vida, ni nuestra ilustración, ni el trato social, ni nada en fin de cuanto induce a obrar al hombre; es la consecuencia lógica de ese abandono celestial que nuestra presunción ha merecido.

Y esta que es la historia de las debilidades del príncipe de los Apóstoles, lo es también del pasado de los individuos y de los pueblos que como él confiaron en su arrogancia; y es el vaticinio de nuestro futuro y del de las sociedades que se creen bastar a sí mismos, y rehusan invocar el auxilio divino Ojalá que ya que hayamos caído como Pedro, nos invite a levantarnos como a él la voz del gallo, que según los intérpretes de los libros santos es símbolo del recordamiento de conciencia, que sentimos después de haber caído.

VICENTE CARDENAL MERINO.

Zaragoza-Abril-1916.

### DE MI SEMANARIO

## ¿SE ARREPENTIRAN?

¡Acordaos de mi en vuestro Reino! decía Dimas al Rey de la verdad; arrepentido al morir, de sus maldades, lo contrario que hizo Barrabás. ¡Señor, siendo tu bondad tan infinita y tu poder tan grande y sin igual haz que la gente que el mundo nos gobierna imite a Dimas en su buen pensar, pues si siguen las cosas como vamos con Jurado y Sufragio universal, escuelas láicas y poco catecismo, don Melquiades y Lerroux a predicar, Romanones rigiendo los destinos de esta Patria convertida en un erial, no nos vale la bula, ni de Meco con Barrabás nos vamos a triunfar!

EDUARDO M. DE AZAGRA.

## Siempre nuevo.

Es la Historia de la humanidad copia y reflejo fiel de la que, escrita en los estratos geológicos que se observan en las partes firmes de nuestro globo, nos demuestra las fases o etapas por que ha pasado la tierra que nos sirve de morada y habitación hasta llegar a su estado actual. A la manera que las grandes revoluciones y catástrofes plutónicas neptónicas distinguen entre sí las diversas agrupaciones de capas o estratos que el incandescente al par que manso arrastrar de las aguas formó en los distintos periodos de calma y placidez que intermedian esas catástrofes, así una ligera y rápida ojeada a los fastos de la humanidad,

en su paso por el camino del progreso, nos da a conocer grandes revoluciones y catástrofes que determinan el tránsito entre las diversas civilizaciones, civilizaciones que en los periodos de calma subsiguientes a toda catástrofe, irán estratificando en la vida íntima de la sociedad humana los adelantos de la ciencia y las conquistas sucesivas en su continuo luchar con la naturaleza, finalidad principalísima del microcosmo racional, al entrar a formar parte de la gran familia humana. Igualmente, así como nos es imposible reconstruir la historia de las revoluciones geológicas sin recurrir a costosas y difíciles perforaciones en nuestro suelo actual, suelo que a la vez que se apoya y fundamenta sobre las diversas capas a que dieron origen esas revoluciones, no nos ofrece el menor signo de encubrir y fundamentarse en esa larga y fatigosa cadena de estratificaciones que forman nuestra madre tierra, en modo muy semejante, enteramente análogo, los progresos que el continuo sucederse de las civilizaciones agraparon en la vida universal de los hombres, las primitivas conquistas de las artes y de las ciencias que los esfuerzos continuos de muchas generaciones legaron a la posteridad, nos sirven ahora como de apoyo inconsciente para sucesivos adelantos, son algo de que nos servimos sin darnos cuenta, constituyen por decirlo así los fondos de la conciencia inconsciente de la humanidad, no siendonos dable formar idea segura y cabal de todos estos pasos del humano progresar, sin que el ojo perspicaz del entendimiento de muchos sabios sirviéndose de ruinas, escombros, ladrillos, obeliscos, pirámides y monólitos grabados con signos y figuras misteriosas, reconstruya las diversas fases porque tuvo que atravesar la vida del hombre sobre la tierra hasta llegar al estado en que al presente se halla.

Esta es la marcha continua de la humanidad, tal es el movimiento ondulatorio a que fuerzas de índole diversa la impelen, tal es la línea que describe la sociedad humana, línea consciente en cada uno de sus puntos para los seres que marcan esos puntos, e inconsciente aunque arraigada en la conciencia de estos mismos seres en los demás puntos o etapas.

Hay sin embargo hechos, o por mejor decir un hecho, pues es único en la historia, que se escapa a esta semejanza, hecho que no cabe dentro del marco que encierra el progreso del hombre, hecho que se graba fuera y sobre la línea que traza la civilización sucesiva del ser racional, hecho en fin que sobreponiéndose a la línea ondulatoria, gráfica exacta del paso consciente del hombre sobre la tierra se impone continuamente a la conciencia humana con la imposición con el predominio e influjo de lo siempre nuevo y actual: tal es el hecho que hace 19 siglos presenciaron las cumbres del Calvario. Pasarán los grandes imperios, dejando una huella inconsciente en la razón humana, pasarán las civilizaciones después de haber hecho entrar en el río del progreso humano los elementos de verdad de bien y de belleza que encerraban, pasarán las razas una vez perdida la vitalidad que las caracterizó en la humana convivencia, pasarán en fin todas las instituciones humanas siguiendo las leyes que la Providencia señaló a la historia del género humano, pero siempre permanecerá en pie el árbol bendito de la Cruz que lleva en sus ramas el signo y emblema de la inmortalidad.

La conciencia humana se olvidará de la serie trabajosa de hechos e instituciones, de revoluciones y catástrofes, de progresos y adelantos que la han constituido en su estado actual, permanecerá quizá indiferentemente ante las mismas vicisitudes de los progresos actuales, pero podemos asegurar sin temor a engañarnos que jamás se olvidará, nunca jamás podrá permanecer indiferente, siempre estará fijo en su conciencia, jamás se le irá de la memoria el drama del Calvario: sea en son de protesta, sea en sentido de alabanza todas las generaciones venideras presentarán sus homenajes, ante el Crucificado, estas de grato reconocimiento y sumisión al emblema de todas sus empresas, aquellas indirectamente el tributo de los nuevos y continuos triunfos que sus ataques y protestas, proporcionaran a los soldados de Cristo.

La vitalidad de la Cruz, consciente siempre y animando continuamente la vida humana, sobreponiéndose y acompañando todos los progresos del hombre, siendo como es, hecho único en la historia del género humano, es a la vez la prueba más clara del elemento divino que encierra, del hálito sobrenatural que en ella está infundido, y de la inmortalidad y gloria que espera a sus seguidores.

CARLOS RAMOS y VEIL.



## El sacrificio de la Cruz

Jesucristo, muriendo en el afrentoso madero de la cruz, ofreció a su eterno Padre un verdadero y perfecto sacrificio, que ya había tenido su figura en aquel, que Abraham, por mandato divino, hubo de incoar en la persona de su hijo inocente, Isaac; éste no se consumió, pero aquel figurado tuvo su completa y real consumación en el Gólgota, muriendo el inocentísimo e impecable Jesús cargado con todas las iniquidades del mundo, como víctima expiatoria por los pecados del linaje humano, queriendo hacer extensiva la inextinguible virtualidad de su muerte aún a sus mismos enemigos, como lo demuestran estas amorosas palabras «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (S. Luc. XXIII, 34)

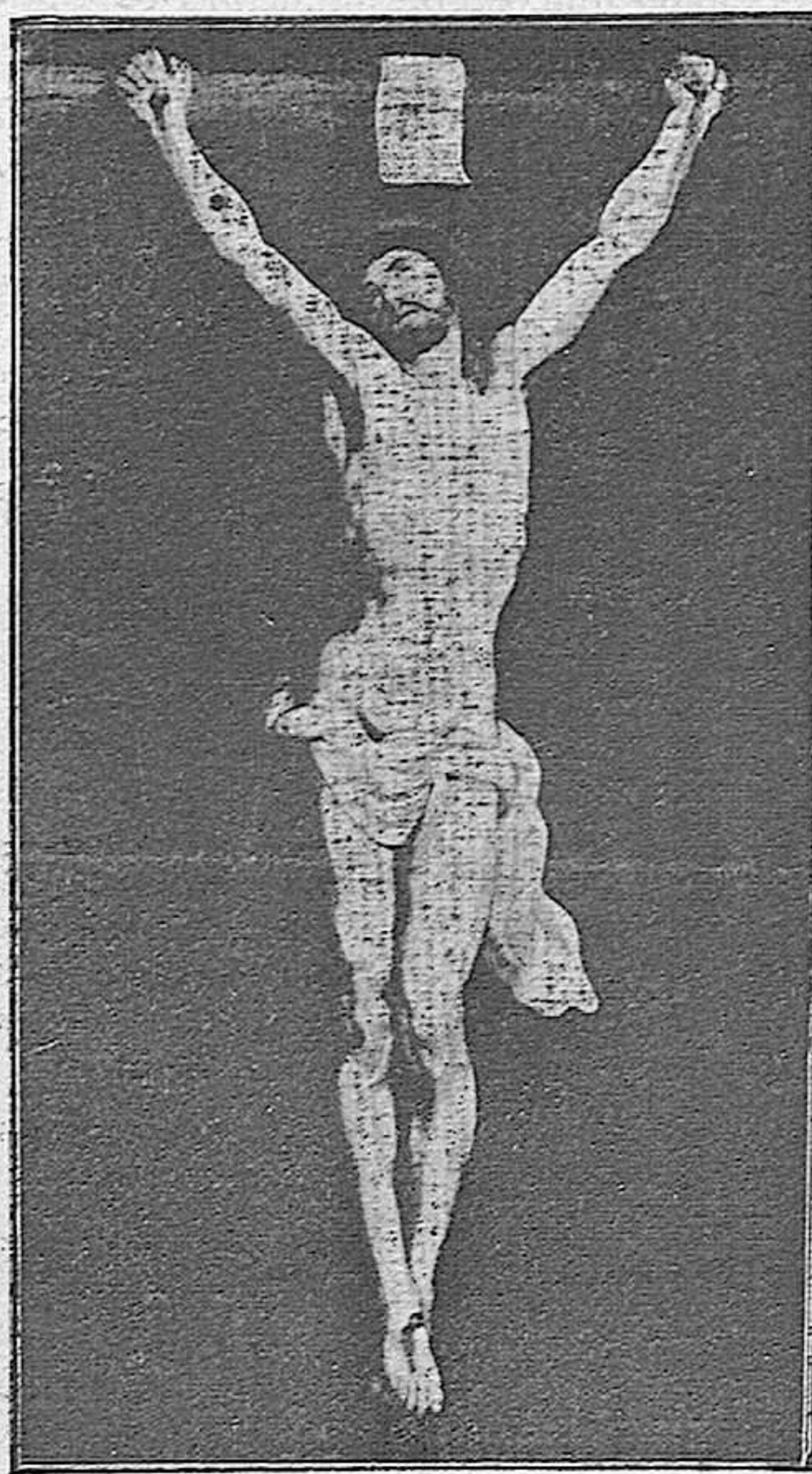
Verdadero sacrificio, revestido de todas las condiciones necesarias, fué el que ofreció nuestro Redentor en el ara de la cruz; allí hubo verdadera víctima sensible, cual es el mismo Jesucristo, que como verdadero hombre ostentaba una humanidad esencialmente igual a la nuestra; allí hubo verdadera inmolación de ésta víctima, que murió después de agudísimos tormentos físicos, como su flagelación, coronamiento de espinas y crucifixión, y de angustiosos padecimientos morales, todos los cuales a su solo pensamiento hicieron brotar un copiosísimo «suor» como gotas de sangre que corría hasta la tierra» (S. Luc. XXII, 44) del cuerpo adorabilísimo de nuestro amable Redentor; allí hubo legítimísimo ministro que fué Jesús, sacerdote eterno según el orden de Melchisedech, el cual se ofreció a sí mismo por la salvación de toda la naturaleza humana, que había caído por el pecado de Adán en las redes del demonio; y aunque es verdad que los soldados judíos fueron los que ejecutaron la inmolación de la víctima inocente, no fueron sino causa instrumental y material de ésta inmolación, siendo el ministro de éste sacrificio el mismo Jesucristo, en cuanto se entregó de un modo voluntario en manos de los judíos que ejecutaron su muerte, en conformidad con lo que ya había dicho (S. Juan X, 18) «yo pongo mi alma, no me la quita ninguno; más yo la pongo por mi mismo»; allí, finalmente, hubo un verdadero reconocimiento del supremo dominio de Dios, porque no puede demostrarse más vivamente que todas las criaturas, aun las más perfectas, dependen de Dios y que Él solo tiene derecho a la existencia y al honor, que por la muerte del Hombre Dios, Jesucristo.

Dos cosas hay que contribuyen principalmente a la perfección del sacrificio, excelencia y dignidad de la víctima, y perfecta inmolación; pues bien, en este sacrificio cruento de la cruz encontramos, por engradosumo estas dos condiciones. ¿Quién es la víctima? Aquél que bajó del seno del Padre, encarnó y habitó entre nosotros; aquél sobre el cual descendió el Espíritu Santo en figura de paloma, en el día que fué bautizado por San Juan, cuando se oyó una voz del cielo que decía: «Este es mi hijo, muy amado en quien me he complacido» (Mat. III, 17); aquél que con solo un «quiero, se limpio» sanó a un leproso; aquél que para demostrar a los escribas su divinidad sanó a un paralítico; aquél que, por la fé del Centurión, dió salud a su siervo; aquél que con solo tocar sus vestiduras hizo cesar un flujo de sangre; aquél que curó al sordo-mudo, a los diez leproso, a los ciegos de Jericó, al ciego de nacimiento; aquél que con solo tomarla de la mano resucitó a la hija de Jairo, que compadecido de la viuda de Naim resucitó a su hijo con estas solas palabras «mancebo, a tí digo, levántate» (San Juan VII, 14); aquél que resucitó a Lázaro, muerto hacía cuatro días; aquél que con su voz potente *yo soy* postró en tierra a todo un ejército de soldados, que venían a prenderle; aquél que cubrió toda la tierra de tinieblas, cuando a la vista del mundo pendía de una cruz; aquél, finalmente que, momentos antes de expirar, dió una gran voz, la cual hizo decir al centurión de las tropas, que era gentil «verdaderamente éste hombre era Hijo

de Dios» (San Mar. XV, 39); esta era la víctima, la más excelente y digna que pueda darse, el Hijo de Dios.

Perfecta fué la inmolación de ésta víctima, pues Jesús después de sufrir los horribles tormentos de su flagelación, después de haber sido coronado de espinas, padeciendo por obediencia y amor los escarnios y mofas de los judíos, y de haber sido crucificado y levantado en alto a vista del pueblo judío, estando ya su cuerpo y rostro desfigurados, según lo habían profetizado Isaias (LIII, 9) «no hay en Él belleza ni compostura, apareciendo a nuestra vista tan desfigurado que no lo conocimos» y finalmente después de haber soportado con resignada paciencia todos los tormentos de su pasión, murió, habiendo dicho poco antes, *todo está consumado*. Ya se había consumado la obra que el eterno Padre le había encomendado; ya se había inmolado perfectamente la víctima, derramando a grandes raudales la sangre del inocentísimo cordero; ya se había perfeccionado la grande obra de la Redención del linaje humano; ya se había consumado el sacrificio de la Nueva Ley que había de abrirnos las puertas del cielo.

FRANCISCO BOX.



El Crucifijo.

(De Alonso Cano.)

## AL PIE DE LA CRUZ

Ya el astro dorado, con más sentimiento que de costumbre y con su rostro bañado en lágrimas de sangre, había dado su postrer adiós a la naturaleza; la noche con su negro manto se apresuraba a vestir de luto a la tierra como si quisiera sepultar entre sus sombras el horrendo crimen que en ella acaba de consumarse, y la naturaleza entera se hallaba profundamente conmovida; un completo silencio reinaba sobre la faz de la tierra, y hasta los inocentes pajarillos que solían alegrar la despedida del astro-rey con sus armoniosos trinos y melodiosos cantos habían enmudecido, para meditar, sin duda, en el suceso que, asombrados acaban de presenciar. ¡Un hombre-Dios acaba de exhalar el último suspiro!

Preocupado con este pensamiento, me dirigía yo, silencioso también a mi soledad, sin que mi imaginación acertara a separarse de las cumbres del Calvario; y viendo que me sería muy difícil alejarla de allí, la permití que

permaneciese unos momentos más al pie de la cruz. Al punto me asaltan dos pensamientos distintos: de dolor y aflicción el uno, y de esperanza y consuelo el otro: primeramente, al contemplar allí a un hombre-Dios pendiente de un afrentoso madero; su cuerpo frío y exánime, su cabeza atravesada por agudas espinas, y su rostro afeado por la sangre y el sudor; sus manos y pies atravesados por gruesos clavos, y sus espaldas desgarradas por los azotes; en una palabra, todo su cuerpo hecho una llaga; un temblor extraño se apodera de mi débil naturaleza, mis ojos se convierten en arroyos de lágrimas, y mi corazón apenas si se siente con fuerzas para soportar tanto dolor. Yo veía allí la víctima de mis pecados, al inocente Abel, muerto por su traidor hermano, y al cordero sin mancilla sacrificado por mi amor; sí, aquellas espinas me recordaban los desvaríos de mi imaginación, y las flores con que en otro tiempo adornó mi frente; aquella sangre clamaba venganza al cielo, y yo sabía que mis pecados habían contribuido a derramar tan precioso licor; aquellas manos y pies sujetos a la cruz estaban reprimando mis libertades y caídas; en fin, un Dios acababa de expirar, y veía que mis manos se hallaban enrojecidas con la sangre del justo.

Sumido en tan tristes consideraciones, un rayo de consuelo se desliza por mi atribulado espíritu, al pensar que, allí tendido sobre la leña de su cruz, y atado con fuertes clavos a ella, se hallaba el nuevo Isaac, no ya dispuesto a ofrecerse en holocausto agradable a Dios, sino después de haber ofrecido el más puro y valioso que podía imaginarse: sí, allí acababa de inmolarse por los pecados de todos los hombres una víctima de infinito valor, su sangre corría todavía por el altar de la cruz, y penetrando en las profundidades de la tierra, purgaba a ésta de sus maldades y crímenes; la justicia divina quedaba satisfecha, y las llagas de los pies y manos servían de sello regio a una nueva

alianza entre Dios y los hombres: al Adam celestial en el árbol de la cruz obedeciendo hasta morir, compensaba la desobediencia del Adam terreno en el árbol del manjar vedado y las puertas del Paraíso que este nos cerró, quedaban francas desde aquel momento para todos sus infelices hijos.

¡Oh, secretos insondables de la divina sabiduría! cuán grande debía ser la ofensa que tal reparación exigía, y cuanto el valor de lo que a tan grande precio se compraba.

MARIANO ORTIZ.

## A Jesús Crucificado

¡Perdón..!

Humilde ante esa Cruz postré mi frente llevado hacia Tu amor mi pecho herido mi corazón con el pecado unido besé Esa boca al pecador riante.

Y al beso aquel, la celestial corriente mi corazón turbó, y arrepentido, hoy se vé por la dicha, confundido, de abrazar esa Cruz de amor ardiente.

¡Perdón, Señor, si en los pasados días lejos de Tí, lanzado en la algazara mi corazón, al Tuyo no adorara,

y lejos del amor que me ofrecías, en torpe andar, sin norte en mi destino, no vine ¡Oh Dios! hacia Tu amor divino!

ARTURO DE SALOON.

## El tenebrae factae sunt.

Son los días de la Semana Santa en la Capital del Orbe católico, de excepcional interés y atractivo aun para el descreído e indiferente turista que no busca otra cosa en sus viajes y visitas que el matar la monotonía de la vida con el espectáculo que le ofrece la contemplación de nuevas fuentes de belleza que, formando y perfeccionando su gusto estético, llenen al par su espíritu de impresiones que instruyan su mente y deleiten su corazón.

Si el circular de coches y tranvías por las calles de la Ciudad eterna el mismo día de Jueves Santo, haciéndola indigna de los tesoros y recuerdos que encierra, nos causa la impresión de lo inesperado a nosotros, los españoles acostumbrados a observar en tan memorable día el luto que debe vestir todo corazón cristiano en la conmemoración del drama del Calvario, tan desagradable impresión desaparecerá bien pronto con solo entrar a cualquiera de las basílicas mayores de la Madre Rom, y detenerse a percibir las armonías y bellezas del canto polifónico en los maitines y laudes solemnísimos de esos días.

Si es argumento apodíctico, como creía Chateaubriand, de la verdad de nuestra santa Religión, su influencia en el arte, la creación de tipos de inmortal belleza, y si queremos gustar los productos de esta influencia en las artes en las creaciones de lo bello limitándolas a la música, el arte del sentimiento, no tenemos más que asistir en alguno de los tres días de miércoles santo, jueves santo o viernes santo a la audición de las piezas de música que en cualquiera de las cuatro magnas basílicas se ejecutan.

Pasando por alto las lúgubres melodías que el inmortal Rossini supo imprimir a su Stabat Mater, no deteniéndonos en los llantos del Profeta Jeremías copiados e incomparablemente idealizados en la primera lamentación de Naunini, sin hacer otra cosa que mencionar las lamentaciones y responsorios del gran Palestrina, solo comparables a esos manolitos gigantescos desnudos de todo adorno, eternos e inmutables como eterna e inmutable les la belleza de lo grande y sublime, no mas que recordando en fin las nuevas bellezas que a raudales ha sabido derramar en sus Misereres el célebre Perosi, aunque parezca algo exagerado nos atrevemos a afirmar, que todas las bellezas y armonías que la inspiración música cristiana pueda crear, acomodadas a las que se escapan de los escogidos trozos bíblicos que la Iglesia pone en la Semana Santa en sus antifonías, responsorios y demás cánticos, creemos verlas sintetizadas de una manera absoluta e inimitable por lo grande y elevado de la inspiración en el célebre responsorio, «Et tenebrae factae sunt» de nuestro compatriota Victoria.

Como joya inestimable de la música cristiana, siempre nueva y siempre bella, con la belleza de lo sublime, la ejecutan todos los años los maestros de las diversas Capillas de las cuatro basílicas romanas, y es que parece un presagio del gran arte sintético, adivinado por nuestro Arteaga y reducido a sistema por el gran Waquer, es que el trozo bíblico con la música de nuestro paisano parece escaparse de la lira del Profeta Jeremías, es que, en fin la música y la letra, se armonizan admirablemente para llenar el corazón cristiano de esa dulce melancolía que produce la contemplación de lo sublime, emoción estética que, al decir de Victor Hugo, es patrimonio único y exclusivo de nuestra religión.

FRANCISCO YELA  
Doctor en Filosofía.



## La Santa Cruz.

Representase la cruz sobre el Corazón de Jesús, porque, con esto se significa que desde el momento primero de su Encarnación, fué plantada en él la cruz. Desde ese primer instante le inundaron las amarguras todas que habían de causarle las humillaciones, la pobreza, las penas y menosprecio que había de padecer la sagrada Humanidad en todo el discurso de su vida y en su santa Pasión.

Desde el primer instante tuvo cruz Jesús en su Corazón, porque desde el primer instante tuvo amor: amor a Dios ofendido por los hombres, cuyas ofensas quería reparar con excesos de amor; amor a los hombres, de cuyo deplorabilísimo estado con extrañabilísima compasión se condolía.

La más o menos generosa aceptación del dolor, la sed mayor o menor de padecer, dan la medida del amor que se profesa a Jesús. Es imposible amar a Jesús y no sufrir con las injurias hechas a Dios, con las persecuciones de la Iglesia, con la perdición de las almas; imposible amar a Jesús, y, considerándonos lejos de nuestra patria y en tan duro destierro, no sufrir con el conocimiento de nuestros pecados, infidelidades y miserias; imposible amar a Jesús y no ofrecerse a padecer por su gloria y por la salvación de las almas. El verdadero devoto de Jesús, tiene que plantar en sí mismo, y, bien honda, la cruz de las humillaciones y sufrimientos. ¿En qué consiste, pues, el culto práctico de la Santa Cruz? en la imitación de Cristo crucificado; en la abnegación de nosotros mismos y completa mortificación de nuestras malas pasiones y torcidos querer.

Débase, cierto, a la Santa Cruz, no solo a la misma que sostuvo el sacratísimo cuerpo de Jesucristo, sino a cualquiera cruz que represente al Salvador, débesele, digo, un culto relativo de latría y absoluto respeto del Dios-Hombre, que murió en ella por la salvación de los hombres. Pero ¿de qué servirá el culto tan solo exterior al signo de nuestra salud y ni aun al culto interior de adoración suprema que se termine en Dios, único a quien se debe, si nos obstinamos por nuestras relajadas costumbres en no gustar los frutos de este santo árbol? Servirá únicamente de tener en nuestra misma fé al acusador más implacable de nuestras acciones.

Ensalzamos la cruz con nuestras palabras, y la deprimimos con nuestras obras. ¡Cuántas veces signamos nuestra frente con la señal de la cruz, y, no obstante, nuestra mente está de la Cruz muy apartada! Veneran muchos las reliquias de la Santa Cruz, ante ellas se arrodillan, las besan, las estiman y adornan, y eso que así veneran la cruz de Cristo, de nuevo crucifican en sí mismo a Cristo. Si das culto a la cruz, ¿por qué ofendes al Crucificado? No tendría esto respuesta si hasta la misma vida espiritual no fuera por nuestras culpas un tejido de

contradicciones. Mas esas contradicciones deben desaparecer por amor del que tanto nos amó y nos ama; y desaparecerán, si nos acostumbramos a estudiar los misterios de la cruz a la luz de las llamas del divino Corazón.

La cruz que adoramos en Jesús está unguada por la sangre divina y está rodeada por llamas de amor, como para significar a los amigos de Jesús que han de acudir a este suavísimo venero de toda unción espiritual y foco de luz eterna, si quieren quitar las asperezas de la cruz, insufribles para sus flacos hombres, y cobrar bríos para proseguir hasta la muerte con la cruz a cuestas.

Lo que en la vida real, en la vida práctica mueve a los cristianos a rechazar la cruz como instintivamente, es, lo primero, el no reconocerla, y aunque confusamente la reconozcan, el no reconocerla como cruz de Cristo, como cruz en que nos quiere clavados la voluntad adorable de su Corazón. Porque si bien nuestra naturaleza rehuye de suyo el padecer, a la manera que lo rehuía la misma natu-

radifunde en el alma, y quizás por experiencia lleguen hasta rastrear algo de ese misterio incomprensible del Corazón de Jesús, a un tiempo inmensamente afligido e infinitamente bienaventurado.

El símbolo de nuestra redención enarbolado en el Corazón de Jesús, nos recuerda, que a Cristo le fueron más queridos los brazos de la cruz, que los brazos de su Madre. Por eso, desprendiéndose de los blandos y amorosos brazos de la que le dió la sangre de sus virginales entrañas para que Él después diese a todos la sangre de su Corazón, voló a los brazos de la cruz; y aunque le gritaban los verdugos que bajase del afrentoso patíbulo y creerían todos en Él, Jesús no bajo, sino que libérrima y constantísimamente perseveró en ella durante sus tres horas de agonía. Si le bajaron por fin, de los brazos de la cruz, y le volvieron a los brazos de su Madre, fué cuando ya no podía poner resistencia, porque estaba muerto. Descendió del Cielo pero no descendió de la cruz ¿De donde partía en Jesucristo este vigor

sufrimiento, en el que sin embargo está nuestro remedio, nuestra paz y nuestra gloria, nos amó hasta el extremo de darnos la cruz, si, pero dentro de su Corazón y juntamente con su Corazón, en el cual está la suavidad infinita y la omnipotente fortaleza de Dios. Y ¡cuán necesitado está el mundo actual de que se facilite la salvadora crucifixión de sus vicios y concupiscencias! Todo cuanto se va alejando más del Calvario e iluminándose más con encontrar el paraíso perdido en la torpe satisfacción de sus vicios y concupiscencias.

Digamos, pues, a todo cristiano que no quiera sucumbir en la pelea: ¡Contra todos los Magencios que te cierran el paso a los cielos, tienes un lábaro protector, la Cruz. En el monte Calvario, en el sitio donde estuvo enarbolada la cruz, había despues elevado la gentilidad un templo a Venus: ese mismo es el empeño satánico de los enemigos de la cruz de Cristo; derribarla de los templos y de los corazones, para elevar en su sitio el adorado simulacro de cuantas prostituciones aborta el espíritu y la carne. Lo contrario deben esforzarse en practicar los que son de Cristo; deben derribar los falsos ídolos de los corazones, de los hogares, de las repúblicas, y plantar en su sitio el triunfante signo de nuestra Redención.

Mientras el hombre no escucha la voz de Dios humanado que le dice que tome su cruz y le siga, es decir, que acepte por lo menos la cruz ineludible del cumplimiento de sus deberes para con Dios, para consigo y para con sus semejantes; por más que recorra toda la interminable calle de la Amargura y suba al Calvario, no encontrará abiertas las puertas del verdadero Paraíso celestial, como tampoco los encontró el mal ladrón.

¿Qué hacer, pues, para no encontrarlas cerradas y guardadas por la espada flamígera del Angel?

El Crisóstomo de la respuesta dirigiéndose al buen ladrón:

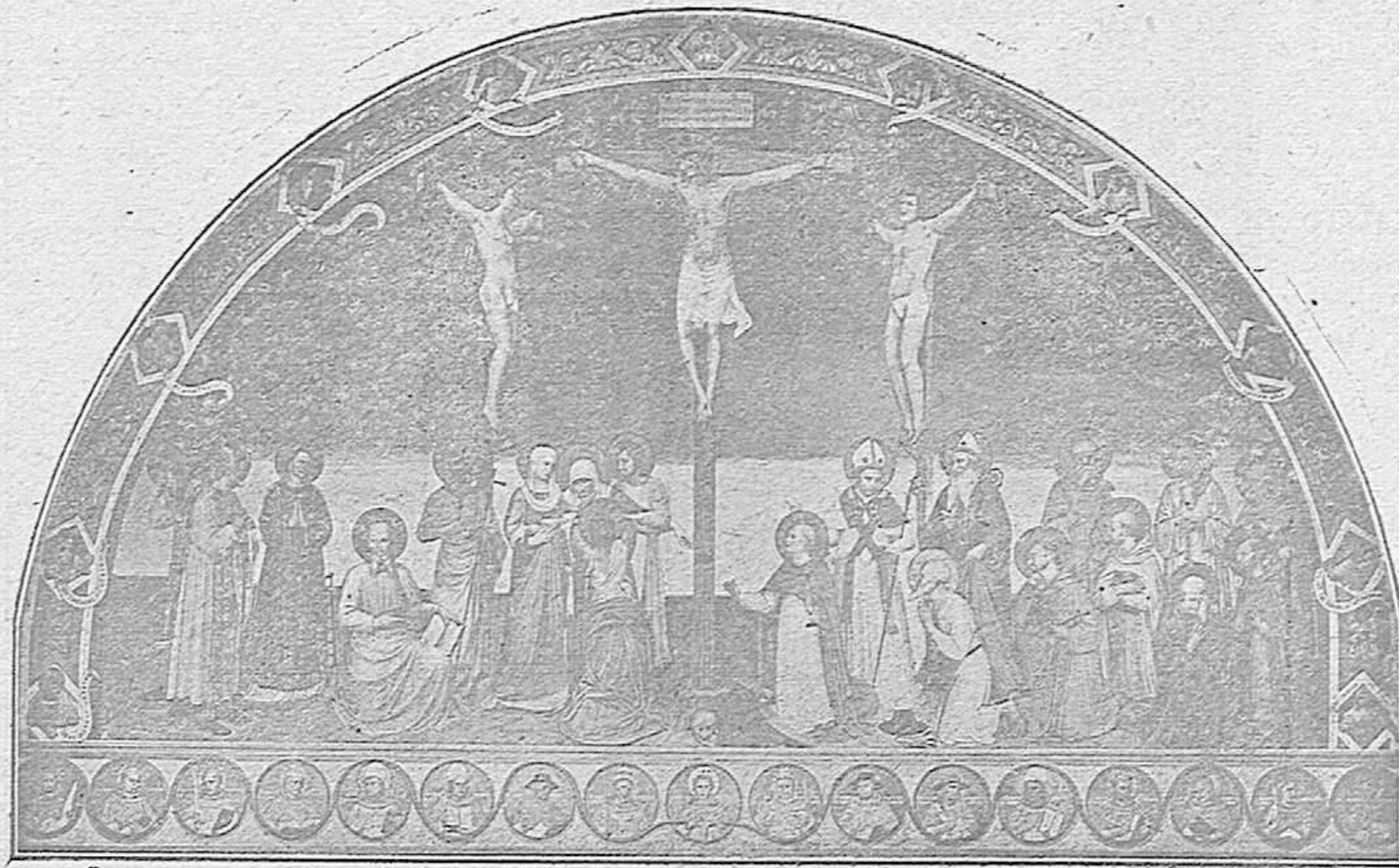
Preséntale al Angel el regio signo de la cruz de Cristo, y bajará al suelo su espada y te dejará franco el paso.

Reconociéndonos reos de lesa Majestad divina, merecedores de eternas llamas de tormento, las pasajeras pruebas, en que se truecan esos tormentos, nos parecen soportables y hasta amables por virtud del amor que se desborda del sagrado pecho de Jesús; y la sangre que de la ancha herida de su Corazón brota, unge como suavísimo bálsamo las llagas de nuestros pecados y las que abre justa y misericordiosamente en nosotros el azote de Dios.

PEDRO TORREBIA NIETO.

Pinilla del Olmo, Abril de 1916.

SORIA.—Imprenta de Fermín Jodra  
Plaza Mayor, 14, planta baja.



Escuela de Santidad.—Cuadro del Beato Angélico. Museo de San Marcos, Sala del Capítulo, Florencia.

raleza humana de Cristo; pero convencidos por la fe y por el ejemplo de nuestro Salvador, después de clamar, sin poder remediarlo: ¡Padre, si es posible pase de mí este cáliz! deberíamos siempre añadir: ¡pero no se haga mi voluntad, sino la tuya! Y una vez dichas estas palabras de corazón, deberíamos apurar el cáliz del dolor, si fuera preciso, hasta las heces. Pues bien, este amargo trago con nada se endulza y suaviza más que con la devoción a Jesús, así como nada ilumina y descubre mejor los tesoros de la cruz ni comunica más vigor y fortaleza para abrazarlas que las llamas amorosas del mismo Corazón.

Si para muchos es intolerable la cruz de la vida y se retuercen y blasfeman en ella como el mal ladrón, no será ciertamente porque Jesús no les incite a trocar esa cruz, no ya por la del buen ladrón, sino hasta por la misma del Redentor, para que pueda cada uno exclamar con San Pablo: «Christo confixus sum cruci.» A los que sufren sin consuelo, y, lo que es más triste, sin mérito, y lo que es tristísimo, con deméritos grandes, porque no acuden a la fuente de todo consuelo a Jesús crucificado, hay que invitarles a que gusten la suavidad que esta devoción

para arrostrar las ignominias, abalanzarse a los tormentos y perseverar clavado en la cruz hasta la muerte? De su divino Corazón. Con una sola palabra nos lo ha dicho San Pablo: «Dilexit», amó. He ahí la gran palabra, he ahí el gran secreto para sufrir: «amar.»

¿Y a donde hemos de ir a saciar nuestra sed de amor, sino a la fuente inagotable del amor, a Aquel que dijo: Si alguno tiene sed venga a mí y beba? No le dudemos ese amor que fluye del Corazón de Jesús, tiene en nuestros corazones las mismas propiedades que en el suyo. Con ese amor, al crucificarnos o dejarnos de crucificar seremos elevados de la tierra, y quizás tan altos, que no logre llegar hasta nosotros el clamoreo de las pasiones y del mundo, empeñado en que bajemos de la cruz; y aunque lleguemos a percibir esos clamores, no por eso bajaremos de la cruz jamás. Con ese amor fuerte como la muerte a quien nadie se resiste, podremos trabajar eficazmente en la extensión del reino de Cristo, y atraer muchos hacia Él, para que dejando los goces del pecado, gusten de los goces del sufrimiento, y siendo compañeros de su cruz también lo sean de su gloria. No parece sino que, viéndonos cada vez más refractarios al